

## XIX

Pocos dias despues del suplicio, Adam Lux publicó la apología de Carlota Corday, y se asoció á su atentado para asociarse á su martirio. Arrestado por esta audaz provocacion, fué encerrado en la Abadía. Lux exclamó al pasar el umbral de la cárcel: «¡Voy á morir por ella!» Así fué, en efecto; murió bien pronto, saludando como el altar de la libertad y del amor el cadalso que la sangre de su amiga habia consagrado.

El heroísmo de Carlota Corday fué loado por Andres Chenier, quien bien pronto debia morir por la patria comun de las grandes almas: la verdadera libertad. La poesía de todos los pueblos se apodera del nombre de Carlota Corday para amedrentar á los tiranos. «¿Qué tumba es ésa?—canta el poeta aleman Klopstock.—Es la tumba de Carlota. Vamos á coger flores y á deshojarlas sobre sus cenizas, porque ha muerto por la patria.—No, no, no cojais nada.—Vamos á buscar un desmayo y á plantarle sobre el césped, porque ha muerto por la patria.—No, no, no planteis nada, pero llorad, y que vuestras lágrimas sean de sangre, porque ha muerto en vano por la patria.»

Al saber desde su cárcel el crimen, la sentencia y muerte de Carlota Corday, Vergniaud exclamó: «Ella nos mata, pero nos enseña á morir».

## LIBRO CUARENTA Y CINCO.

Apoteosis de Marat.—Los girondinos abandonan la Normandía.—Sus diversos destinos.—Retirada de los ejércitos franceses.—Sométense los departamentos insurreccionados.—Custine es llamado á Paris.—Robespierre combate la anarquía.—Descontento de Danton.—Robespierre desarrolla sus teorías.—Reorganizacion del comité de salud pública.—Domina en él Robespierre.—Fiesta de la nueva Constitucion.—Manifiesto á la Convencion.—Decretos.—Movimiento de los patriotas.—Excesos.—Suplicios.—Máximum.—Reorganizacion del tribunal revolucionario.—Merlin de Douai.—Ley de los sospechosos.—Prisiones insuficientes.—El Terror.—Su objeto.

## I

La virtud más pura se engaña siempre en sus deseos cuando se vale de la mano y el arma del crimen. La sangre de Marat embriagó al pueblo. La Montaña, Robespierre y Danton, dichosos por verse libres de aquel rival en quien temian su imperio sobre la multitud, arrojaron su cadáver al populacho para que hiciese de él su ídolo. Sus funerales más parecieron una apoteosis que un duelo. La Convencion dió el culto de Marat en diversion á la anarquía. Al que se avergonzaba de contarle como colega, le dejó que le tratase como á un dios. La misma noche que siguió á su muerte fué el pueblo á colgar coronas en las puertas de su casa. La municipalidad mandó colocar su busto en la sala de sesiones. Las secciones fueron en procesion á llorar á la Convencion y á pedir el Panteon para sus cenizas. Otros pidieron que su cuerpo embalsamado se pasease por los departamentos y hasta los límites del mundo; otros, en fin, que se erigiese una tumba vacía bajo los árboles de la libertad plantados en todas las municipalidades de la república. Unicamente Robespierre intentó moderar esa idolatría en los Jacobinos. «A mí tambien—dijo—me están reservados los honores del puñal. Sólo la casualidad ha determinado la prioridad, y mi caída avanza á grandes pasos.»

La Convencion decretó que asistiria en masa á las exequias. El pintor David las ordenó. Plagiarío de la antigüedad, quiso parodiar los funerales de César. Mandó colocar el cuerpo de Marat en la iglesia de los Franciscanos, sobre un catafalco cubierto con su camisa ensangrentada. El puñal, el baño, el tajo, el tintero, las plumas, los papeles, estaban esparcidos junto al cuerpo, como armas del filósofo y testigos de su indigencia. Las diputaciones de las secciones se sucedieron con arengas, inciensos y flores alrededor del cadáver, y allí pronunciaron terribles juramentos.

## II

El cortejo fúnebre, alumbrado por antorchas, se puso en marcha al anochecer, y no llegó hasta las doce al sitio que debia servir de tumba. Para dar descanso á

los restos de Marat eligieron el patio del club de los Franciscanos, sitio en el que tantas veces arengó su voz y agitó al pueblo; al que muere combatiendo le entieran en el mismo campo de batalla. Colocaron su cuerpo en la hoya á la sombra de los árboles, cuyas hojas, iluminadas por miles de lámparas, reflejaban sobre la tumba el apacible y sereno día que reinaba en el antiguo Eliseo. Engrandecian esta ceremonia el pueblo, que agitaba las banderas de las secciones, los departamentos, los electores, la municipalidad, los Franciscanos, los Jacobinos y la Convencion. ¡Irrisoria apoteosis! Thuriot, presidente de la Asamblea, dirigió la suprema y nacional despedida á aquellos manes. Anunció que, por decreto de la Convencion, la estatua de Marat iba á colocarse junto á la de Bruto. El club de los Franciscanos pidió su corazon. Encerrado en una urna, le colocaron en la bóveda de la sala de las sesiones. Finalmente, la sociedad le votó un altar. «Apreciables restos de un dios,—dijo un orador desde el pié de este altar,—serémos perjuros á tus manes? ¡Tú nos pides venganza, y tus asesinos viven aún!...»

El pueblo organizó en todos los domingos sus peregrinaciones á la tumba de Marat. Este pueblo confundió las preces que merecia el corazon de aquel apóstol del asesinato con las que eran dignas del corazon del Cristo de paz. Los teatros aparecieron decorados con su imágen. Las plazas y las calles abandonaron su primitivo nombre para adoptar el de Marat. Algunos periodistas bautizaron sus diarios con el nombre de *La Sombra de Marat*, y las mujeres le levantaron un obelisco. Este delirio se propagó á los departamentos. Este nombre fué la enseña del patriotismo. El alcalde de Nimes se hizo llamar el Marat del Mediodía; el de Strasburgo, el Marat del Rhin. El convencional Carrier llamó á sus tropas el ejército de Marat. La viuda del *amigo del pueblo* se presentó en la Convencion á pedir venganza para su esposo. Muchas municipalidades de la república instituyeron aniversarios, que se celebraban con fiestas fúnebres y procesiones. Se erigian catafalcos, y en torno de estos monumentos, jóvenes vestidas de blanco y con coronas en la mano, elevaban sus voces cantando himnos en loor de Marat. Las estrofas de estos himnos respiraban exterminio. El puñal de Carlota Corday, en vez de estancar la sangre, parecia que abria todas las venas de Francia.

## III

Por todas partes la Convencion adquiria de nuevo su ascendiente. Despues del encuentro de Vernon, en que el primer cañonazo dispersó la vanguardia de los federalistas, los girondinos refugiados en Caen intentaron llegar á Burdeos, abandonando por una parte Normandía y Bretaña á los realistas, y por otra á los comisarios de la Convencion. Petion, Louvet, Barbaroux, Salles, Meilhan, Keruegan, Gorsas, Girey-Dupré, Marchena, español que voluntariamente se afilió en la Gironda, y finalmente Riouffe, joven marseles que siguió con constancia esta causa hasta en sus desastres, vistieron el uniforme de voluntarios de Finisterre y se confundieron con estos soldados para llegar á Bretaña. Poco habia que Guadet llegó á Caen para reunírseles, y sólo presenció su ruina. Buzot, Duchastel, Bergoing, Lesage y Valady marcharon con los batallones. Lanjuinais se les habia adelantado á Brest, é infundia en torno de él su indignacion y valor. Enrique Lariviere y Mollévault, miembros de la fatal comision de los Doce, precedieron á los fugitivos á

Quimper, y les prepararon, no auxiliares, pero sí asilos. Reducidos á diez y nueve y ya separados del batallon de Finisterre que les protegiera hasta Lamballe, los diputados evitaban los caminos reales, eligiendo otros extraviados, donde fueron pidiendo de choza en choza una hospitalidad que á cada paso podia venderlos.

Reconocidos en Montcontour por algunos federados, y habiendo oido á su alrededor rumores de: «Hé ahí á Petion, hé ahí á Buzot», tuvieron que refugiarse en los bosques. Se sospechó su retirada, y pasaron muchas horas ocultos entre las hojas, mientras la lluvia bañaba sus entumecidos miembros. Un joven ciudadano de Montcontour que espizó su huida, fué á buscarlos y les dirigió á una apartada casa que les sirvió de asilo durante algunas horas.

Desde allí oian la generala que conmovia las aldeas; se registraban los bosques, los campos y las casas para prenderlos. Giroust y Lesage se separaron de sus compañeros, aceptando la hospitalidad que les ofrecian por aquellos contornos. Los demas continuaron su camino. Todos se encontraban armados é intimidaban á los habitantes que no lograban seducir. Milagrosamente vencian los continuos peligros que ante ellos se presentaban.



Funerales de Marat.—Pág. 71.

## IV

Sin embargo, el camino, el hambre, la sed, la inquietud y las enfermedades los iban diezmando. Cussy despedía sordos gemidos por la dolencia de un ataque de gota. Buzot, débil para los trabajos, tiró sus armas como inútil peso. Barbaroux, que apenas rayaba en los veintiocho años, presentaba el aspecto de un hombre de avanzada edad: tenía un pié hinchado á causa de una torcedura; marchaba apoyado en los brazos de Petion y de Louvet. Riouffe, lastimados sus piés por la aspereza del camino, se arrastraba, dejando señales de sangre por donde dirigía su cansado cuerpo. Petion, Salles y Louvet eran los únicos que aún conservaban su incansable vigor.

Cierta noche, al acercarse á un pueblo, les dijo un guía que á la siguiente mañana les esperaban en el camino diez gendarmes con algunos guardias nacionales para prenderlos. «Adelantémonos á ellos,—dijo Barbaroux,—avivemos nuestra marcha, y pasemos esta noche la ciudad. Antes que los gendarmes ensillen sus caballos, habrémos ya franqueado el sitio peligroso. Si nos persiguen, parapetémonos en los ribazos. Serán víctimas de nuestras balas, ó prenderán sólo nuestros cadáveres. Andemos de rodillas si es preciso ántes que caer bajo el poder de los maratistas. Escapemos del peligro de mañana, y desafiaremos ya los demas en el asilo que Kervelegan nos ha preparado en Quimper.»

Los enfermos y heridos preferían esperar la muerte allí mismo, á evitarla huyendo. La energía de Barbaroux les avergonzó de su resignacion. Se levantaron silenciosos, dejaron atras el sitio del peligro, y protegidos por la altura de la yerba, se entregaron al sueño, habiendo interpuesto algunas leguas. Postrados por el cansancio y hambrientos, se encontraban junto á los muros de Quimper, donde no se atrevían á entrar. Enviaron uno de sus guías para que advirtiése á Kervelegan de su llegada, y que les indicase los medios necesarios para penetrar en el asilo que su amistad les había preparado. Treinta y dos horas pasaron expuestos á la intemperie, sin alimentos, cayendo sobre ellos torrentes de lluvia y tendidos en un pantano de helada agua que les entorpecía más y más los miembros; y esta situacion, que les hacía llevadera la esperanza de la vuelta del mensajero, se hizo insostenible, porque el guía no se presentaba para que abandonasen tan angustioso estado. Cussy invocaba la muerte, más clemente que el dolor. Riouffe y Girey-Dupré perdieron la jovialidad de su juventud, jovialidad que hasta entónces les prestara fuerzas. La frente de Buzot se veía dominada por una negra melancolía. Barbaroux notaba, no que perdía su valor, pero sí que se alejaba su esperanza. Louvet apretaba contra su pecho el arma cargada que era su defensa, y que podía hacerle insensible á las penas. Apreciaba aún la vida, porque corría tras la imágen de una mujer que adoraba. Petion conservaba la indiferencia estoica de un hombre que desafia la inconstante fortuna, fortuna que hoy le encenagaba en la desgracia, cuando un día se complaciera en lisonjearle. Apuraba las heces del infortunio, y permanecía impasible.

## V

Kervelegan, entre tanto, no se dormía en Quimper. Envío un mensajero á caballo, que encontró á los fugitivos en los pantanos y que les acompañó á casa de un

labrador, donde restauraron sus fuerzas con el fuego, pan y vino. Luégo les dió auxilio un cura constitucional, y de este modo acabaron de rehacer sus ánimos, y se separaron en muchos grupos, á cada uno de los cuales favoreció fortuna diversa. Cinco de ellos, entre los que estaban Salles, Girey-Dupré y Cussy, recibieron hospitalidad en casa de Kervelegan; Buzot quedó confiado á la discrecion de un generoso ciudadano del arrabal de Quimper; Petion y Guadet, en una aislada casa de campo; Louvet, Barbaroux y Riouffe, en casa de un ciudadano de Quimper. La amante de Louvet le había precedido á Quimper, y traía al que adoraba el mundo de sus esperanzas y las caricias de su amor.

Desde el fondo de sus retiros concertaron los proscritos el medio de llegar á Burdeos, pero evitando el camino de tierra, que tanto obstáculo les presentaba. Duchastel descubrió un barco con cubierta anclado en el rio de Quimper. Hizo reparar aquella embarcacion, y la fletó para que transportase á sus amigos y á él á Burdeos. Aunque los comisarios de la Convencion no se atrevían á presentarse en el departamento de donde les rechazaba la opinion, descubrióse el proyecto de Duchastel y lo delataron. Otra embarcacion dispuesta en Brest condujo hácia la embocadura de la Gironda á Duchastel, Cussy, Bois-Guyon, Girey-Dupré, Salles, Meilhan, Bergoing, Marchena y Riouffe. Petion, Guadet y Buzot, por no separarse del moribundo Barbaroux, rehusaron embarcarse, y aguardaron en sus asilos el alivio de las dolencias de su amigo. Louvet se retiró con Lodoiska á una choza que le preparara su amante. Amenazado por dos tempestades, saboreó momentos de felicidad más y más grata, cuantos más eran los peligros que la rodeaban; momento pasajero que acaricia á los desgraciados en la senda de la muerte. Barbaroux, vário en sus amores, á los que nunca prestaba duradera constancia, decia que envidiaba la dicha de Louvet proscrito, dicha que le ofrecía el cariño y la fidelidad.

La noticia de la toma de Toulon por los ingleses aumentó la vigilancia y persecucion contra los federalistas, acusados del desmembramiento de la patria. Louvet, Barbaroux, Buzot y Petion se embarcaron de noche con un pescador que debía conducirles á un buque anclado en la rada. Cubiertos con esteras en el fondo de la escotilla, pasaron sin que los descubriesen por una escuadra de veintidos navíos republicanos. Si hubiesen registrado el buque, infaliblemente los reconocieran por Petion. Los trastornos de la revolucion, el ardor de sus ambiciones, las tempestades del favor popular, que ya le acariciaba, ó ya veía en él un enemigo, fueron causas de que encanecieran sus cabellos ántes que pasasen sobre él cuarenta años. Toda Francia conocía á este precoz anciano. Los proscritos entraron en la Gironda y desembarcaron en Bec-d'Ambes, insignificante puerto cerca de Burdeos. Creían que los recibía el suelo de la libertad, y aquel suelo les auguraba la muerte.

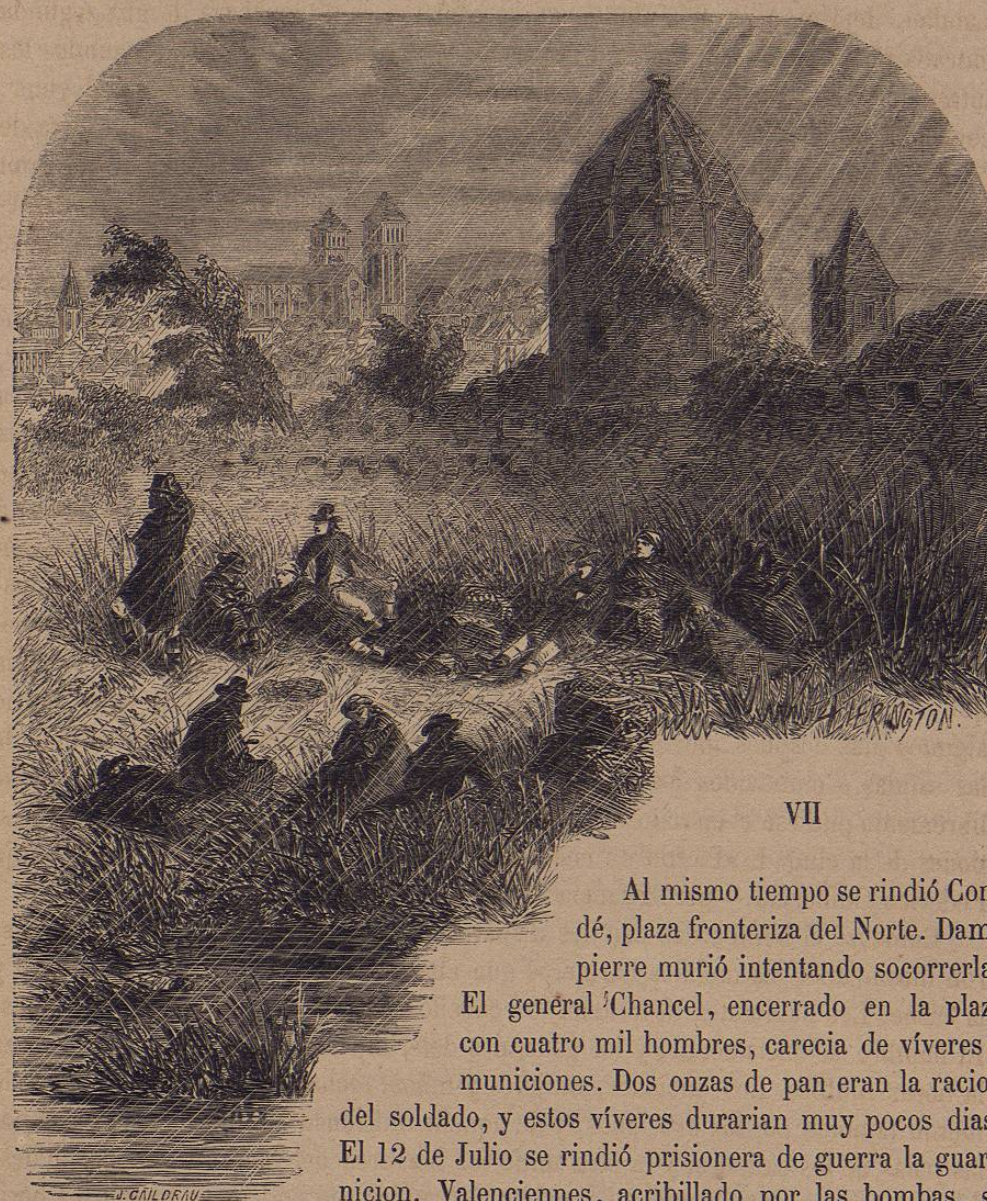
## VI

Miéntas que los girondinos vencidos caían uno á uno en manos de sus enemigos, ó prolongaban huyendo la dolorosa agonía de su partido, vacilaba en los extremos la república, afirmándose en el centro. Las fronteras estaban descubiertas; las plazas que el ejército de Custine conquistó en Alemania y algunas francesas las rendía el cañon de la coalicion. Ya dijimos que Custine, que se replegara á

Landau, dejó en Maguncia imponente guarnición como amenaza de una segunda entrada por Alemania. El general Doyré mandaba la plaza. Eran sus segundos los intrépidos y esclarecidos oficiales generales Dubayet y Kleber. El general Meynier, conocido ya por los admirables trabajos de Cherbourg, mandaba Cassel, cabeza de puente sobre la orilla derecha del Rhin. Rewbell y Merlin de Thionville, que eran representantes y soldados, se encerraron en la plaza para que las tropas combatiesen ante la Convención. Doscientos cañones defendían la ciudad. Cincuenta y siete batallones y cuarenta escuadrones formaban el bloqueo. Abundaba el grano, pero escaseaba la pólvora. La sola esperanza era una heroica defensa, defensa que alentaba Merlin de Thionville con sus prodigios de habilidad, con su audacia y valor, y con la intrepidez de su corazón y el esfuerzo de su brazo. Esta defensa paralizaba veinte mil de nuestros mejores soldados, detenidos en sus conquistas en la otra parte del Rhin. Custine envió un oficial al ejército prusiano. Este oficial pidió que como parlamentario le dejaran pasar las líneas prusianas para llevar la orden á Maguncia de una capitulación honrosa. Los comisarios de la Convención y los generales se reunieron en consejo de guerra, que rechazó indignado esta orden. Los austriacos estrecharon el bloqueo, que los prusianos convirtieron en sitio. Los franceses volvían á tomar la ofensiva con sangrientas salidas, y el ejército enemigo tenía que conquistar cada paso para acercarse á la muralla. El general Meynier murió algunos días después, por haberle roto una rodilla una bala de cañón, en una de las salidas. Conmovidos los prusianos de tanto valor, cesaron el fuego para que libremente pudiese el ejército francés dar sepultura á su general en uno de los bastiones de la ciudad. «Pierdo un enemigo que me ha causado mucho daño,—dijo Federico Guillermo,—pero Francia pierde un grande hombre.»

Comenzó el bombardeo con los disparos de trescientas bocas de fuego. Fueron incendiados los molinos harineros que abastecían la ciudad. Faltaba el pan y la carne. Los habitantes devoraban los caballos, los perros, los gatos y las ratas. El hambre se hacía sentir, y los generales determinaron que saliesen de la plaza la bocas inútiles. Los ancianos, mujeres y niños, rechazados por los franceses, lo fueron también por los prusianos, y de aquella indefensa multitud murió parte por las balas de los cañones, y la otra sintió los horrores del hambre. Los hospitales, faltos de víveres, medicamentos y medio destruidos, no podían ya recibir los heridos, y la ciudad capituló.

Las tropas salieron libres con sus armas y banderas, bajo la única condición de que no debían hacer armas durante un año contra Prusia. La guarnición murmuró de sus jefes. El instinto de los soldados les decía que por el Norte se acercaba en su socorro el general Houchard, y querían esperarle. Nuestros batallones creían esta primer retirada de los ejércitos franceses una mancha que empañaba el genio de la revolución. Este pensamiento fué el juicio de la Convención. Arrestaron á su entrada en Francia al general Doyré, gobernador de la plaza, y al general Dubayet, comandante de las tropas; presos, fueron conducidos á París. Merlin de Thionville, cubierto de gloria, no pudo sin muchísimo trabajo justificar la rendición de este baluarte del Rhin. La reputación de Custine quedó empañada. Desde estos primeros reveses se indagaron las faltas de este general. La Vendée recibió de refuerzo quince mil hombres fogueados en el sitio de Maguncia.



## VII

Los girondinos en las inmediaciones de Quimper.—Pág. 74.

Al mismo tiempo se rindió Condé, plaza fronteriza del Norte. Dampierre murió intentando socorrerla. El general Chancel, encerrado en la plaza con cuatro mil hombres, carecía de víveres y municiones. Dos onzas de pan eran la ración del soldado, y estos víveres durarían muy pocos días. El 12 de Julio se rindió prisionera de guerra la guarnición. Valenciennes, acribillado por las bombas, se rindió el 28 á los ingleses y austriacos. El general Ferrand, ese animoso lugarteniente de Dumouriez, de setenta años de edad, defendió tres meses la ciudad, y parecía que su valor quería que fuese ésta su tumba. Las murallas, derribadas por doscientas mil balas de cañón, treinta mil granadas y cincuenta mil bombas, presentaban brechas expeditas para el paso de la caballería. Defendía la plaza el terror del nombre de nuestros bravos y el del general Ferrand. Valenciennes capituló, y la guarnición, después de matar veinte mil enemigos y contar una baja de siete mil combatientes, entró en Francia con sus armas y con sus banderas desplegadas.

La noticia de estos desastres llegó á París, en donde infundió la consternación, pero no el desaliento. La constancia de la Convención, á quien asediaba tanta desgracia, fortaleció el espíritu público. Todos se entristecieron, pero á ningún corazón abandonó la esperanza de la salvación de la patria.